

me mueve la corona de rosas de Anacreonte, porque la corona mas bella de un anciano son sus canas, y el recuerdo de una vida honrada.<sup>1</sup>

Mas abajo, en las orillas del Balyra, debia estar Andamias, y hubiera querido descubrir al menos el palacio de Merope.

Pero Andamias estaba demasiado lejos del camino para ir á sacudir los escombros é investigar las ruinas. Pasé por una desigual llanura, cubierta de crecida yerba y de manadas de caballos, como las sábanas de la Florida, para llegar á un valle donde se reunen los encumbrados montes de la Arcadia y de la Laconia. El Liceo se presentaba delante, aunque estendido hácia la izquierda, y probablemente nos hallábamos pisando el terreno de Stenyclara. No oí á Tirteo cantar al frente de los batallones de Esparta; pero en su lugar encontré en este sitio á un turco montado en un brioso caballo, servido de dos griegos como de mozos de espuela. Al instante que por el traje conoció que yo era un franco, se dirigió á mí gritando en francés: "¡La Merea es un excelente país para viajar! En Francia, desde Paris á Marsella, hallaba yo en todas partes camas y posadas. Estoy muy cansado; vengo de Coron por tierra, y voy á Leondari. Y vos, ¿dónde vais?—Le respondí que á Tripolizza.—Pues bien, dijo el turco, iremos juntos hasta el kan de las puertas; pero estoy muy cansado, mi querido señor." Este turco tan atento era un comerciante de Coron, que habia estado en Marsella, y de Marsella habia ido á Paris, y de Paris á Marsella.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> El autor trabajaba entonces los *Mártires*, para cuya obra habia emprendido este viaje. Su idea era renunciar los objetos de imaginacion despues de publicar los *Mártires*. Puede verse al fin del último libro de esta obra su despedida á las musas.

<sup>2</sup> Es particular que Mr. Pouqueville encontrase casi en el mismo punto á otro turco que hablaba el francés, y que tal vez seria el mismo.

Era de noche cuando llegamos á la entrada del desfiladero en los confines de la Mesenia, de la Arcadia y de la Laconia. Dos cordilleras de montañas paralelas forman esta especie de Hermæum, que se prolonga de Norte á Mediodía. El camino se va poco á poco elevando por la parte de la Mesenia, y descende muy suavemente hácia la Laconia. Acaso esto es el Hermæum, donde, segun Pausanias, Orestes, atormentado por la primera aparicion de las Eumenides, se cortó un dedo con los dientes.

Nuestra caravana penetró muy pronto por aquella angostura, y todos caminábamos en fila y en medio del mas profundo silencio.<sup>1</sup> El camino, á pesar de la atroz justicia del bajá, no parecia ofrecer mucha seguridad, y nos era preciso caminar con toda la precaucion posible. A media noche llegamos á la mitad del desfiladero; el ruido del agua y un corpulento árbol nos indicaron que era una fundacion piadosa de un devoto de Mahoma. Todos los establecimientos públicos se deben en Turquía á los particulares, porque el Estado no hace nada por el Estado. Estos establecimientos son hijos tal vez del espíritu de religion, y no del amor á la patria, porque allí no hay patria. Debo advertir, sin embargo, que todas estas fuentes, estos kanes y estos puentes se han arruinando, y pertenecen á los primeros tiempos del imperio; porque no creo haber encontrado una sola fábrica moderna. De lo cual infero que tambien entre los musulmanes se debilita el espíritu religioso, y que con la religion el estado social de los turcos se halla próximo á su ruina. Entrámos en el kan por una caballeriza, á un camaranchon muy puerco por una escalera en forma de pi-

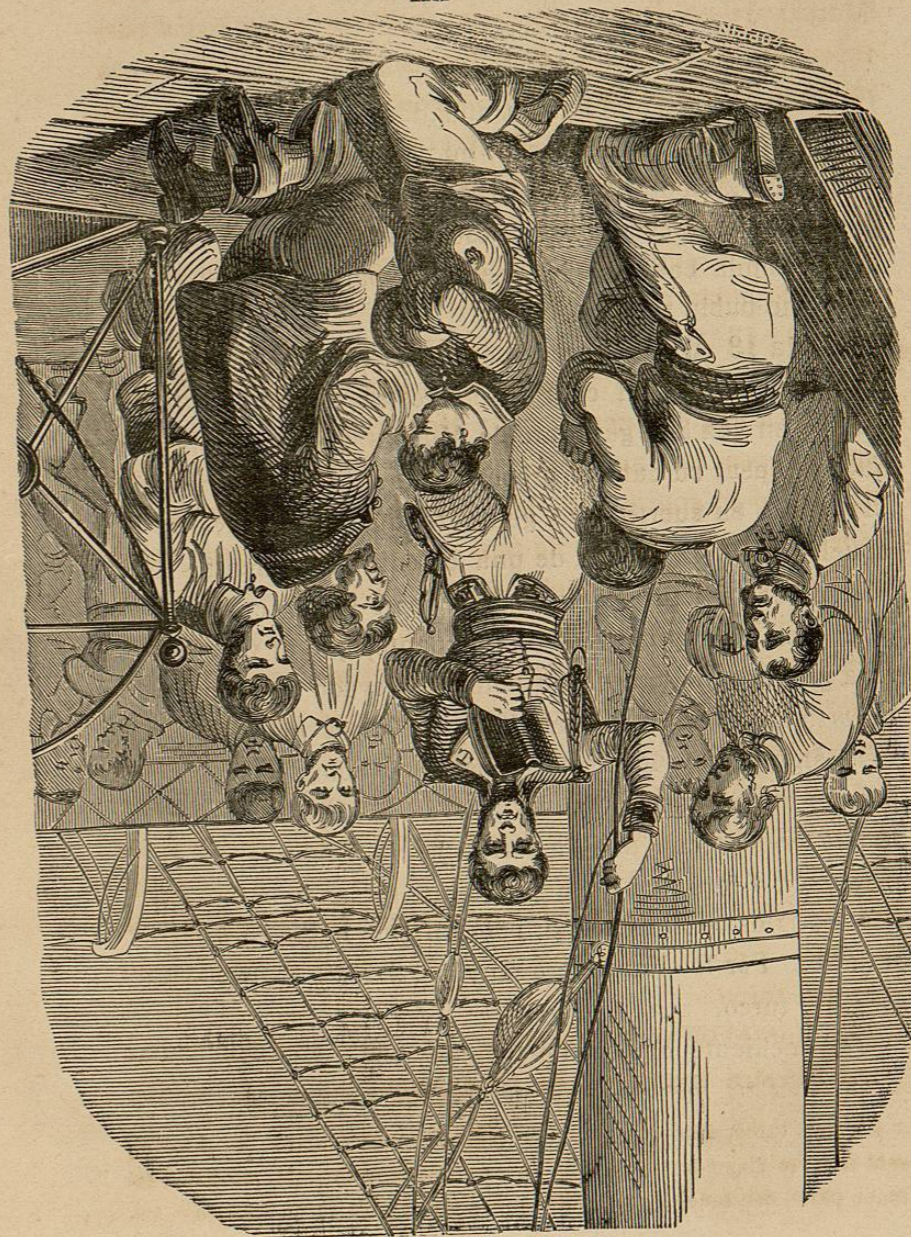
<sup>1</sup> No sé si este es el mismo Hermæum, que al regresar de Navarino, atravesaron Mr. Pouqueville y sus compañeros de infortunio. Véase en los *Mártires*, lib. XIV, la descripcion de esta parte de la Mesenia.

rámide truncada. El comerciante turco se tendió en una estera, repitiendo sin cesar: "¡Y este es el mejor kan de la Morea! Desde Paris á Marsella hallaba yo por todas partes camas y pósadas." Procurando consolarle, le ofrecí la mitad de la cena que habia traído de Coron; pero él me respondia: "¡Estoy tan cansado, mi querido señor, que voy á morir!" Lamentábase, se tiraba de las barbas, y se limpiaba la frente con su schal, exclamando: ¡Alá! y sin embargo, comia con notable apetito la parte de cena que al principio habia rehusado.

El día 13 al amanecer me separé de aquel buen hombre,<sup>1</sup> y continué mi camino. Nuestra marcha era lenta; porque en vez del genízaro de Modon, que no hacia mas que estropear su caballo procurando ganar terreno, me habia cabido en suerte otro genízaro que era el reverso de aquel. Mi hombre era de una catadura macilenta, muy pintado de viruelas; hablaba muy bajo y con calma, y se ostentaba tan orgulloso con su turbante, que al ver su postura grave, se le creeria un hombre elevado de pronto por la fortuna. Tan grave personaje no hacia galopar su caballo sino cuando lo exigia la ocasion, como por ejemplo, cuando descubriamos algun viajero. No le placia mucho la irreverencia con que yo corria hácia adelante, ya á un lado y ya á otro, y por do quiera que me parecia ver algunos vestigios de antigüedad; pero mi guia habia de sufrir, y callaba. Por lo demás, era muy fiel y muy desinteresado para ser turco.

Otro incidente que se repetia con frecuencia hacia mas lenta nuestra marcha. El terciopelo de que se hallaba

<sup>1</sup> Este turco, semi-griego, como le ha llamado despues Mr. Fauvel, está siempre viajando: no disfruta de muy buena reputacion, por haber tomado parte, con mucho monopolio, en las provisiones de un ejército.



vestido José, en medio de los ardores de la canícula, y mas aún en Morea, le mortificaba mucho: al menor movimiento del caballo se dejaba caer en la silla, y entonces se le caía por un lado el sombrero, por otro las pistolas, y era preciso recogerlo todo, y volver á equilibrar sobre el caballo al pobre José. Pero en medio de todas estas penalidades no perdía su carácter, permaneciendo inalterable su buen humor. Tres horas mortales empleamos de este modo para salir del Hermæum, bastante parecido en esta parte al paso del Apenino entre Perusa y Tarni; y en seguida entramos en una llanura cultivada, que se estiende hasta Leondari. Entonces nos encontramos ya en la Arcadia y á las fronteras de Laconia.

A pesar de la opinion de d'Anville, todos convienen en que Leondari no es Megalópolis. Se ha pretendido encontrar en la primera la antigua Leuctres de la Laconia, y así lo cree Mr. Barbié du Bocage. Pero en esta hipótesis, ¿dónde se halla Megalópolis? Acaso ocupaba el punto donde se ve hoy la aldea de Sinano. Mas para hacer estas investigaciones era preciso separarme del plan que me habia propuesto al emprender mi viaje. Megalópolis, que no se ha hecho célebre por ningun hecho memorable ni por ningun monumento artístico, no escitó mi curiosidad mas que como un monumento del génio de Epaminondas, y ser la patria de Filopemen y de Polibio.

Dejando á la derecha á Leondari, ciudad enteramente moderna, pasamos por un espeso bosque de antiguas encinas, venerable resto de alguna selva sagrada. Un disforme buitres posado en la punta de un árbol ya seco, parecia estar aguardando el paso del augur. Vimos salir el sol por encima del monte Bóreas, y nos apeamos al pié de éste,

para subir un camino abierto á pico en la misma roca. Llámense en Arcadia estas sendas *caminos de la Escala*.

En la Morea no pude reconocer ni los caminos griegos ni las vias romanas. Unas calzadas turcas de dos piés y medio de ancho sirven para pasar las terrenos bajos y pantanosos, pues como no hay un solo carruaje de ruedas en esta parte del Peloponeso, bastan estas sendas para que transiten los asnos de las aldeas y los caballos de la tropa. Pausanias, sin embargo, y el mapa de Peutinger, marcan algunos caminos en los lugares que yo he recorrido, y sobre todo en las cercanías de Mantinea. Bergier los ha seguido perfectamente en sus *caminos del Imperio*.<sup>1</sup>

Nos hallábamnos cerca de una de las fuentes del Alfeo, y con la mayor ansiedad buscaba yo todas las ramblas; pero todo yacia mudo y árido. El camino que conduce de Borea á Tripolizza atraviesa al principio por llanuras inmensas y desiertas, y penetra luego por un largo pedregal. El sol nos abrasaba: en los pocos y secos matorrales que encontrábamnos, habia muchas cigarras que callaban al acercarnos, y volvian luego á chillar; y no se oia mas ruido que este, las pisadas de los caballos ó las canciones de nuestro guia. Cuando un postillon griego monta á caballo, comienza una cancion que dura todo el camino, y por lo comun es una larga historia rimada, lo que disipa el fastidio de los descendientes de Lino: las coplas son muy numerosas, la tonada triste y harto parecida á las de nuestros romances

<sup>1</sup> El mapa de Peutinger no puede engañar, á lo menos con respecto á la existencia de los caminos, que están trazados con arreglo á este monumento curioso, que no es mas que un libro de las postas de los antiguos. La dificultad no sub-iste mas que en orden al cálculo de las distancias, y mas que todo con respecto á los galos, cuya abreviatura *leg*, significa algunas veces *lega* ó *legio*.

franceses. Una sin duda entre otras debe ser muy vulgar, porque la ví repetir mucho desde Coron á Atenas.

¿Esta música, fué importada á Morea por los venecianos, ó será que los franceses, sobresaliendo en el romance, le han conformado con el génio de los griegos? ¿Es antigua, en fin, esta música? ¿Pertenece á la segunda escuela de la música de los griegos, ó sube hasta los tiempos olímpicos? Decidan esta cuestion los inteligentes; á mí me basta parecerme oír las canciones de mis desgraciados guias de noche, de dia, al salir y al ponerse el sol, en las soledades de la Arcadia, en las orillas del Eurotas, en los desiertos de Argos, de Corinto y de Megara; parajes todos donde ya no suena la voz de las Menades, donde cesaron de cantar las musas, y donde solo se oye al gorgo infeliz que parece llorar en tristes cántigas las desgracias de su patria:

.....Soli periti cantare  
Arcades?

A tres leguas de Tripolizza encontramos dos oficiales de la guardia del bajá, que tambien corrian la posta. Iban aguijando los caballos, y el postillon con un látigo formado de piel de rinoceronte. Al llegar cerca me pidieron las armas, y yo me negué á entregarlas. El genízaro me manifestó por medio de José, que esta peticion no tenia mas objeto que una mera curiosidad, y que yo tambien estaba en derecho de pedir á mi vez con este fin las armas de aquellos viajeros. Con esta condicion ya no dudé complacer á los spahis, y trocamos las armas. Ellos estuvieron examinando largo espacio mis pistolas, y concluyeron por disparármelas por encima de la cabeza.

Habíanme prevenido que jamás me dejase burlar por un

turco, si no queria esponerme á mil vejaciones. En lo sucesivo reconocí mas de una vez la utilidad de este consejo; porque un turco se muestra afable si ve que no se le teme y altivo, si advierte un solo indicio de miedo. Pero en la ocasion de que hablo no tenia tampoco necesidad de seguir el consejo, porque la burla que se me acababa de hacer era demasiado pesada para no tomar una satisfaccion inmediatamente. Y así, metiendo espuelas al caballo, me precipité sobre los turcos disparando sus propias pistolas, cuyos tiros fueron tan cerca de la cara, que los fognazos chamuscaron los bigotes del spahi mas jóven. En seguida terció una esplicacion entre aquellos oficiales y el genízaro, el cual muy luego les dijo que yo era francés; pero apenas oyeron este nombre, no hubo demostracion de obsequio que á su modo no me hiciesen aquellos turcos. Ofreciéronme sus pipas, cargaron mis armas, y las pusieron en mi mano. Por mi parte creí que me convenia de pronto conservar la ventaja que me daban, é hice que José cargase sus pistolas. Aquellos locos se empeñaron en que corriese á la par con ellos, y viendo mi resistencia, se separaron. Por esto se ve que no fuí yo el primer francés á quien habian oido hablar, y que su bajá conocia bien á mis compatriotas.

Mr. Pouqueville ha hecho una esacta descripcion de Tripolizza, capital de la Morea. Hasta que llegué aquí no habia visto una ciudad enteramente turca: á primera vista me agradaron sus techos encarnados, sus minaretes y sus cúpulas. Tripolizza está situada en una parte bastante árida del valle del Tejeo, y en una de las vertientes del Ménalo, que me pareció desnudo de vegetacion. Mi genízaro me condujo á casa del griego á quien me dirigia Mr. Vial. El cónsul, como dije en su lugar, me habia dado

una carta de recomendacion para el bajá, y al otro dia, 14 de Agosto, pasé á casa del dragoman de S. E., y le supliqué se interesase en mi favor para que cuanto antes me espidiese el correspondiente firman para pasar el istimo de Corinto. El dragoman, jóven, de una figura elegante y agraciada, me contestó en italiano que estaba indispuerto; que en aquel momento acababa el bajá de entrar á visitar sus mujeres; que era preciso tuviera la bondad de esperar, y por fin concluyó diciéndome que los franceses siempre iban de prisa.

En vista de esta contestacion, le hube de replicar que no habia solicitado el firman sino por mera fórmula; porque bastaba un pasaporte francés para viajar por Turquía, precisamente en una época en que se hallaba en paz con mi nacion; y supuesto, en fin, que nada me impedia continuar mi camino, partiria sin los firmanes y sin entregar al bajá una carta del cónsul.

Dicho esto, me retiré, y al cabo de dos horas me mandó llamar el dragoman: esta segunda visita le hallé ya mas tratable, bien porque calculase por mi tono que yo era un personaje de importancia, ó bien porque temiese tuviera yo medio para elevar mis quejas á su señor. Lo cierto es que me ofreció pasaria á ver á su grandeza, y le hablaria de mi solicitud.

Con efecto, dos horas despues vino un tártaro á buscarme, para acompañarme á la presencia del bajá. El palacio de S. E. es una espaciosa casa de madera, en cuyo centro se ve un gran patio con un corredor que le circuye por los cuatro lados. Hiciéronme esperar en una sala, donde hallé algunos papas<sup>1</sup> y al patriarca de la Morea, los cuales hablaban muchísimo entre sí, y parecian tener todos

<sup>1</sup> Sacerdotes griegos.

los modales lisonjeros de los cortesanos griegos del Bajo Imperio. Calculando por el tiempo que me hicieron aguardar, creí que se me preparaba un espléndido recibimiento, y me llenaba de embarazo la idea de esta ceremonia. Mi ropa se hallaba en bastante mal estado, las botas llenas de polvo, el cabello desaliñado, y mi barba como la de Héctor: *barba squalida*. Yo estaba envuelto en mi capa, y mas parecia un soldado que sale del vivac, que un extranjero que iba á presentarse á un gran señor.

José, que decia estaba al corriente de las pompas del Oriente, me habia obligado á que me llevase la capa, porque no le gustaba mucho mi traje, y además quiso acompañarme con el genízaro, para formar mi mezquina comitiva. El pobre hombre me seguia detrás, desnudo de pié y pierna, y con un pañuelo rojo atado por encima del sombrero. Desgraciadamente y á pesar de su aparato, fué detenido á la puerta del palacio, cuya entrada le impidieron los centinelas, y entonces me escitó el infeliz tal tentacion de risa, que no me fué posible interceder seriamente por él.

En fin, despues de dos horas de fastidio, de disgusto y de impaciencia, me introdujeron en la sala del bajá, el cual era un hombre como de cuarenta años, de hermoso aspecto, sentado, ó mas bien recostado, sobre un divan, vestido con un caftan de seda, con un puñal guarnecido de diamantes en el cinto, y un blanco turbante en la cabeza.

Hallábase á su derecha en respetuosa actitud un viejo de barba blanca (tal vez seria el verdugo), sentado á sus piés un griego dragoman, y en pié tres pajes que tenian pastillas de ámbar, tenacillas de plata y lumbre para la pipa. Mi genízaro se quedó á la puerta de la sala.

Me acerqué, pues, á saludar á S. E., poniendo la mano

sobre el pecho; le presenté la carta del cónsul, y usando del privilegio de francés, me senté sin esperar á que me lo mandasen. Osman me preguntó por medio de un intérprete, de dónde venia, adónde iba, y qué es lo que solicitaba de él; y yo le respondí que iba en peregrinacion á Jerusalem, y que viajaba por la Morea para ver las antigüedades romanas,<sup>1</sup> y que deseaba de S. E. un firman de posta para tener caballos, y el permiso para pasar el istmo.

El bajá me dió la bienvenida, añadiendo que podia ver cuanto quisiere, y que para ello se me facilitarían los firmans que solicitaba. En seguida me preguntó si era militar, y si habia estado en la espedicion de Egipto. Esta pregunta no dejó de arredrarme, porque ignoraba el objeto con que me la dirigia; pero respondí que efectivamente habia servido á mi patria, pero que jamás habia estado en Egipto. Osman contestó entonces con ingenuidad, que los franceses le habian hecho prisionero en la batalla de Abukir, y que jamás olvidaria el buen trato que se le dió.

Despues de haberme hecho el honor de tomar el café en su compañía, me quejé del insulto que se habia hecho á uno de mi comitiva, y Osman, lleno de afabilidad, me propuso hiciese dar delante de mí veinte palos al que habia detenido á José. Yo rehusé esta indemnizacion, y quedé satisfecho de los buenos deseos del bajá, y me despedí penetrado de la grata acogida con que habia sido recibido. ¡Dichosos los turcos, si empleasen á la vez en pro de los pueblos que gobiernan esta sencillez de costumbres y esta justicia sencilla tambien! Pero son unos tiranos, á quienes devora la sed del oro, y para satisfacerla vierten sin remordimientos la sangre inocente.

<sup>1</sup> Los turcos llaman romanos cuanto pertenece á los griegos, y aun á os mismos griegos.